España-América Latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad
Spain-Latin America. The consolidation of a solidarity

JOSÉ LUIS ABELLÁN
Universidad Complutense de Madrid

Resumen
El presente artículo trata el encuentro entre España y América a comienzos del siglo XX, propiciado por la crisis del cambio de siglo y la imposición del modelo positivista anglosajón que tuvo especial incidencia en dos corrientes literarias: Modernismo y Generación del 98, no tan enfrentadas como se ha supuesto. A través de autores como Rubén Darío, Rodó y Unamuno o Alfonso Reyes se estudia la configuración de la sensibilidad pan-hispánica a ambos lados del océano y el desarrollo y evolución del concepto de Hispanidad, en el período que va desde el comienzo de siglo hasta la guerra civil.

Palabras Clave: Hispanidad, Modernismo, generación del 98, Cultura del siglo XX, literatura

Abstract
This article deals with the encounter between Spanish and American culture at the beginning of the twentieth century, during the background of 'the crisis of the turn of the century' and the imposition of the model of Anglo-Saxon positivism which had a significant impact on two contemporary types of literature: Modernism and Generation of 98. Not so contradictory as may be assumed. Through authors such as Rubén Darío, Rodó, Unamuno, or Alfonso Reyes one can study the forming of the sensitivity of the Pan-hispanic thought on both sides of the ocean and the development and evolution of the concept of the Hispanic world, between the period of the start of the century up until the Spanish Civil War.

Key words: Hispanic world, Modernism, Twentieth Century Culture, literature

El año 1900 es el eje alrededor del cual se articula la "crisis de fin de siglo" entre el XIX y el XX, caracterizado precisamente, entre otras muchas cosas, por un fecundo encuentro entre España y América Latina. El fenómeno empieza en 1892, con la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América y los grandes acontecimientos a que ello dio lugar en torno a La Rábida; frente al *Columbus Day* que se celebraba en Estados Unidos pretendiendo obviar a España con el pretexto de que Colón era italiano, la reafirmación de la hazaña española con un "Día del Descubrimiento de América", en el que el protagonismo español era indiscutible. El expansionismo norteamericano avivó ese proceso de acercamiento; episodios como el del 98 o la intervención en Centroamérica para la construcción del Canal de Panamá, fueron determinantes. La consolidación del encuentro hispano-americano se dio en 1912 con la celebración del Congreso en Cádiz en torno al I Centenario de la Constitución de Cádiz. En todo caso, desde entonces el 12 de octubre ha quedado como la gran efeméride de la hermandad entre españoles e iberoamericanos, que tanto exaltó Rubén Darío, seguido en España muy de cerca por Miguel de Unamuno, verdadero autor del concepto de "hispanidad".

En esos veinte años (1892-1912) se fraguó una idea de la fraternidad hispano-latinoamericana que no ha dejado de tener vigencia hasta nuestros días. Desde el famoso -y hoy obsoleto- "Día de la Raza" hasta las actuales Cumbres iberoamericanas, el proceso no ha hecho sino consolidarse. A ese respecto resulta imprescindible mencionar la gran figura de Rafael Altamira y su famoso viaje al continente hispano. En su libro *Mi viaje a América* (1911) nos deja constancia documental de los países que recorrió: Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba, y de las posibilidades de acercamiento a España a través del intercambio universitario. El viaje lo realizó como delegado de la Universidad de Oviedo, y en todo momento deja constancia de ello. Junto a ese propósito, sitúa muy en primer lugar el proyecto de solidaridad que inspira su viaje, y así lo dice expresamente en el prólogo al mismo:

"Una de las notas fundamentales de mi misión y de mis declaraciones, ha sido la pacifista y humana, sobre la cual conviene decir aquí algo. Sin dejar de ser patriótica, española, nuestra obra americanista ha sido, en primer término, y en su más alta intención,

obra de paz, de concordia y de amplio humanitarismo intelectual. Lo ha sido, naturalmente, respecto de las relaciones concretas con los pueblos hispano-americanos; lo ha sido y quiere serlo, también, en lo que nuestro propósito tiene de tangente con los de otros países de tronco distinto. Así he procurado decirlo y repetirlo en todas mis conferencias de programa"[1].

Por otro lado, la figura de Altamira hay que relacionarla con el movimiento institucionista, que tuvo un fuerte impulso de expansión en la Universidad de Oviedo, donde Adolfo G. Posada había ejercido una honda influencia en esa dirección. En torno suyo surgen figuras como Adolfo Álvarez Buylla, Aniceto Sela o Leopoldo Alas, *Clarín*, y en ese caldo de cultivo emerge la labor pedagógica que Rafael Altamira pretende trasladar a América con su famoso viaje. Sin duda con un espíritu semejante se funda la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907), donde surgen también intereses profesionales en el campo de las Ciencias Naturales para realizar investigaciones botánicas, etnológicas o antropológicas relacionadas con los países americanos; muchos de esos intereses serán luego desarrollados por los profesores e investigadores exiliados que fueron a aquellos países tras la guerra civil.

El gran aglutinador de este movimiento general de acercamiento a España será el modernismo, que tuvo su primer portavoz en el uruguayo José Enrique Rodó. Cuando este pensador lanza al público su *Ariel* en 1900, la vasta opinión intelectual del continente encuentra en ese texto un programa de acción. Se presenta allí América Latina con un destino cultural propio en el que el humanismo grecolatino y la tradición cristiana se dan la mano; frente a la cultura utilitaria y positivista del mundo anglosajón, la vocación por el hombre integral vertido hacia causas nobles. "Aspirad -dice- a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana (...) Una vez más, el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema. Ninguna fuerza aislada puede satisfacer los fines racionales de la existencia individual, como no puede producir el ordenado concierto de la existencia colectiva. Y preservándoos contra toda mutilación de vuestra naturaleza moral, aspirando a la armoniosa expansión de vuestro ser en todo noble sentido, pensad al mismo tiempo en que la más fácil y frecuente de las mutilaciones es en el carácter actual de las sociedades humanas, la que obliga al alma a privarse de ese género de *vida interior*, donde tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas y nobles"[2].

Al mismo tiempo que hay esa reafirmación de la propia identidad latina se rechaza la imitación al modelo del Norte: "Es así -dice- como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista y regenerada luego a imagen y semejanza del modelo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos y se manifiestan por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno"[3]. Ello no supone, sin embargo, un pleno rechazo de la cultura utilitaria, aunque subordinándola al ideal: "la obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos en eficaces elementos de selección"[4].

---

[1] ALTAMIRA, R.: *Mi viaje a América*. Madrid, Librería General Victoriano Suárez, 1911, p. XII
[2] RODÓ, J. E.: *Ariel.* Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 58-69.
[3] *Ibíd.*, p. 110.
[4] *Ibíd*., p. 136.

El modernismo, que empezó siendo una reacción contra el naturalismo literario y contra la poesía burguesa del siglo XIX, se fue convirtiendo en una nueva sensibilidad omniabarcadora de todo el movimiento cultural de la época, con direcciones estéticas, morales, políticas, religiosas, históricas y filosóficas. Es difícil caracterizar un movimiento tan amplio, pero si hubiera que adjetivarlo le daríamos el nombre de "neo-romanticismo", pues como en el primer romanticismo, la imaginación sustituyó a las normas, los símbolos a la realidad y el afán regenerador al impulso utilitario. En esa línea hay que inscribir la poesía de José Martí, la prosa de J. E. Rodó y, de forma muy eminente, la gran obra de Rubén Darío, el genio afrancesado de *Azul*, que se fue hispanizando crecientemente hasta convertirse en portavoz de todo el movimiento a ambos lados del Océano Atlántico.

Cuando en 1905 publica *Cantos de Vida y Esperanza*, el poeta ya ha alcanzado plena madurez; como en el ensayista Rodó, se manifiesta en Rubén el rechazo hacia Estados Unidos -el poema "A Rooswelt" o el titulado "Los cisnes"-, pero también la afirmación hispánica -"Salutación del optimista", "Cyrano en España" o "Letanía de Nuestro Señor don Quijote"-. Sin duda, la firme manifestación del expansionismo norteamericano había ejercido un rechazo no menos firme en el vate nicaragüense, y de forma muy especial a raíz de la intervención *yanqui* en Centroamérica para construir el Gran Canal de Panamá en 1903. Es imposible entender el mensaje del libro sin ese hecho que está en su trasfondo.

Pero, al mismo tiempo, *Cantos de Vida y Esperanza* es un claro manifiesto a favor del modernismo como movimiento intelectual que rechaza el positivismo y aspira a la búsqueda del ideal por una afirmación de la trascendencia. Una indagación metafísica se impone en el último poema -"Lo fatal"- que se rebela ante una muerte sin sentido; la pregunta esta en todo el libro y se resume en el cuello del cisne -tan cantado por el poeta-:

> "¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello
> al paso de los tristes y errantes soñadores?
> ……..
> yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
> con la interrogación de tu cuello divino"[5].

La inquietud del poeta no tiene, pues, un exclusivo interés estético; la búsqueda del sentido de la vida y el afán por desentrañar el misterio que nos rodea se halla en su fondo. Por eso se indigna con los que han querido ver en su poesía únicamente una revolución formal. "No; no se trata de formas -contesta-. Es una cuestión de *ideas*"[6]. Solo desde este punto de vista puede explicarse el interés que tiene Rubén por los movimientos religiosos de la época, y de fama muy específica por la teosofía, cuyo interés compartió, sin duda, por la que en el mismo sentido tenía Valle-Inclán, como claramente nos manifiesta éste en su credo estético: *La lámpara maravillosa* (1916).

Un acercamiento a España tal como lo propicia el modernismo se da de forma paradigmática en Rubén Darío, que llega a escribir lo siguiente:

"Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté… mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania en el propio solar y del otro lado del Océano… Hay, como he dicho, mucho hispanismo en este libro mío; ya haga su salutación el optimista, ya me dirija al rey Óscar de Suecia, o celebre la aparición de Cyrano en España, o me dirija al presidente Roosvelt… ¡Hispania por siempre! Yo había vivido ya algún tiempo y habían revivido en mí ancestrales alientos…"[7].

---

[5] DARÍO, R. *Cantos de Vida y Esperanza*. Barcelona, Random House Mondadari, 2004, pp. 74-76.
[6] DARÍO, R. *O.C.*, vol. V. Madrid, Adrodisio Aguado, 1953, p. 951.
[7] *Ibíd.*, vol. I, pp. 216-217.

En sus contactos y diálogos con los hombres del 98, Darío no se dejó arrastrar por su pesimismo, ni por el tono de amargura y cansancio que destilaban sus producciones en prosa o en verso. Como ha dicho Gerardo Diego: "La esperanza en España, la fe en España en esos soberbios y luminosos versos -ningún poeta español ha cantado a España con inspiración tan soberana-, y poco después la fe y esperanza común a todas las patrias de la hispanidad en la sublime "Salutación del optimista", que, con razón, consideraba Maeztu como el evangelio poético de nuestros destinos, convierten a Rubén Darío en el más alto poeta de cuantos cantaron a España, reaccionando con acentos de verdadera grandeza en medio de la desolación de la política y el derrotismo de la literatura. Con Rubén Darío entramos ya cronológicamente en los límites de la Generación del 98. Cronológica y responsablemente, pues que el poeta de Nicaragua es el maestro directo de la mejor juventud contemporánea aficionada a la poesía. Nos interesa por eso su posición, tan adversa por positiva a la corrosiva abulia de los grandes prosistas del 98"[8].

Por lo demás, sus largas estancias en Francia no lograron despertar el reconocimiento del país. "Todo lo contrario le sucede en España -dice Fogelquist-, donde le acogen con mucha simpatía, y donde intima con los escritores más renombrados del país. La solidaridad hispánica llega a ser una de sus mayores preocupaciones, y el amor a todo lo que tiene sabor hispánico es un sentimiento que impregna mucho de lo que escribe" [9]. Es evidente que Rubén Darío contribuyó a crear una conciencia de unidad hispánica, que encontró su mejor vehículo de expresión en el modernismo. En esto vienen a coincidir críticos muy dispares. En 1953 escribía Federico de Onís: "Hay una correspondencia esencial entre el modernismo de España y el de América, que los une en comparación con el resto del mundo, y que de hecho se tradujo en contactos e influencias que por primera vez eran mutuos y en algunos aspectos predominantemente americanos (...) Martí en América y Unamuno en España, o mejor dicho, los dos en España y América, representan desde el principio esta actitud esencial del modernismo, que es la busca y afirmación de lo propio a través de lo universal". Unas líneas después insiste Onís en que "el Modernismo [llevaba] dentro de sí algo muy específicamente español que era válido y fecundo en todos los países hispanoamericanos y en España misma. Habrá que encontrar el sentido hispánico que hay en los caracteres generales de esta revolución literaria, que tuvo la eficacia de cambiar tanto el fondo como la forma de la literatura en todos sus géneros, de modo tan hondo y general que ha quedado definitivamente incorporada a ella como una fase decisiva de su historia. El afrancesamiento, que es el carácter más aparente de la época, resultó paradójicamente significar la liberación de la influencia francesa"[10].

En realidad, ésta es la misma opinión que vino a defender Fogelquist: "El modernismo hispanoamericano, lejos de ser el pálido reflejo de una gloria extranjera, es una verdadera manifestación de espíritu y genio hispánicos. Como herencia estética dejó a Hispanoamérica una literatura de rara e imperecedera belleza, y como herencia moral le dejó un legado de ideales nobles, elevados y universales. No hay valores más grandes que éstos"[11].

A esta altura de nuestra exposición, creo que podemos afirmar -y confirmar- lo que veníamos defendiendo: la plena integración -aunque sea con matices peculiares y diferenciales acusados- de la generación española del 98 dentro del movimiento modernista. Hablando precisamente de los miembros de la misma, dice Onís: "Se ha tratado de reunirlos bajo la advocación de una fecha, la de 1898, y de sustraerlos a la unidad del modernismo hispánico. No puedo entrar en ese tema…, sólo diré que esa fecha de 1898, como todo lo

[8] DIEGO, G.: "Los poetas de la generación del 98", *Arbor,* 36, 1948, pp. 440-441.
[9] FOGUELQUIST, D.F.: "El carácter hispánico del modernismo", en CASTILLO, H. (ed.): *Estudios críticos sobre el modernismo*. Madrid, Gredos, 1974, p. 70.
[10] ONIS, F.: *España en América.* Puerto Rico, Editorial Unitaria, 1968, p. 178.
[11] FOGUELQUIST, D.F.: *o.c.*, pp.73-74.

tocante al modernismo, tiene una significación a la vez española e hispanoamericana, y más hispanoamericana que española. Está en el centro, y no en el principio del período modernista, y significa la culminación de dos hechos, de larga preparación anterior, que determinan un cambio fundamental en las relaciones de la América española con el mundo: la terminación del imperio colonial de España en América, y el principio de la expansión de los Estados Unidos hacia el sur del continente"[12].

Ésta es la misma opinión de Ángel del Río, al tratar del ensayo español sobre el concepto de España. Se expresa en esa ocasión con estos términos: "En un estudio bien meditado -*El problema del modernismo en España, un conflicto entre dos espíritus*- ha establecido Pedro Salinas las divergencias que surgen pronto entre el rumbo esteticista que toma el modernismo en América y el tono meditativo de los ensayistas y poetas españoles. En América, patria y campo del modernismo, se crea una poesía brillante, cromática, exquisita, sensual. En España se desarrolla una literatura que busca ante todo la sencillez expresiva frente a los lujos refinados del modernismo. El análisis es exacto en un sentido estricto, reducido a la caracterización de una escuela pública. En sentido amplio, no invalida la existencia de un estado general de conciencia y de sensibilidad, al que podemos dar el nombre de modernismo, como se ha hecho en otros países. Así considerado, el concepto del modernismo reúne y explica todas las direcciones estéticas, morales, políticas, religiosas, históricas y filosóficas de los comienzos de la época contemporánea, direcciones en muchas de las cuales lo americano y lo español van paralelas. En España, juntamente con la meditación sobre los temas históricos y la preocupación nacional que da unidad al movimiento, se crea un estilo rico en temas generales, en imágenes y un lenguaje de gran originalidad. En América, junto a la seducción de las sirenas parisienses y de las metáforas refulgentes, aparecen en Rodó, en muchos otros ensayistas y poetas, la conciencia de lo americano y un sentimiento espiritual de la vida. Españoles y americanos coincidirán también, y esto es acaso uno de los resultados más importantes de la nueva ideología, en buscar, cada uno desde su punto de vista, los lazos profundos que unen al mundo hispánico. En ambos continentes repercute a su manera el hundimiento simbólico del antiguo poderío español en la bahía de Santiago de Cuba"[13].

Y, como resumen de lo dicho aquí, podemos concluir -con las palabras de Roggiano- que "el Modernismo, como la Generación del 98, ya sin rótulos son una denuncia y una respuesta a esa crisis universal en que se disuelve la tortura mental y el engreimiento técnico de la concepción moderna. Y lo modernista no es sólo un rótulo de época, como lo ha advertido Juan Ramón Jiménez, sino algo más profundo y, diría, funcional, puesto que concibe al mundo y al hombre como una posibilidad de constante superación. El mundo hispánico ha vuelto a tener su palabra universal: españoles e hispano-americanos han salido otra vez a la búsqueda de una realidad más ideal, perfecta, espiritual y humana que la que ofrecía la segunda mitad del siglo XIX, culminación del mundo racional y técnico de la época moderna"[14].

Es cierto, por lo demás, que la Generación del 98 -tras la derrota por Estados Unidos- no se preocupó tanto de definir posiciones anti-norteamericanas como de realizar un examen de conciencia sobre la postración histórica y el estado de decadencia de la nación española, pero la atención prestada por Unamuno y Maeztu a la significación intelectual de la América hispana es índice de que fueron consecuentes con los postulados de su generación. En las dos alas del modernismo que hemos dibujado antes, la española representa el polo del casticismo y de la introversión nacionalista, como bien hace patente Unamuno desde sus primeros

[12] ONIS, F.: *o.c.* pp.179-180.
[13] RÍO, A. del. & BERNARDETE, M. J.: *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos, 1895-1931*. Nueva York, Las Palmas Pub Co., 1962, pp.24-25.
[14] ROGGIANO, A.: *Influencias extranjeras en la literatura iberoamericana*. México, 1962, p. 39.

ensayos con el significativo título de *En torno al casticismo* (1895). Aunque algunos -Azorín, Baroja, Machado- apenas prestaron atención al tema de América, en otros, este latía subyacente; así ocurrió con Valle-Inclán, que no olvidó su paso por México en la primera juventud, como se refleja en *Sonata de estío* o en *Tirano Banderas*.

El caso de Unamuno, sin embargo, merece consideración independiente, pues su ocupación con el tema americano abarca el conjunto de su vida de escritor, desde el primer artículo sobre *Martín Fierro* en 1894 (en *Revista Española*, 1 de marzo) hasta el último sobre la "Fiesta de la Raza" en 1933 (en *Ahora*, 23 de octubre). Hay que matizar, con todo, que esa preocupación estuvo siempre marcada por su atención a la producción literaria. Unamuno era un seguidor incansable de lo que se escribía en América, sometiéndolo al análisis de la crítica literaria. La recopilación que en su día hizo Manuel García Blanco con el título *De literatura hispanoamericana* [15] recoge ciento seis artículos publicados en muy diversas épocas de su vida. A ellos hay que añadir los recogidos en *Temas Argentinos* [16] y los actualmente incluidos en sus *Obras Completas* [17]. El conjunto de esta labor unamuniana como crítico literario está presidida -dentro de su enorme diversidad- por un criterio que lo unifica, y es su creencia en la unidad espiritual del continente, de acuerdo con la cual la plural manifestación de argentinos, chilenos, venezolanos, colombianos, mexicanos, etc., no es sino parte de una común literatura en lengua española. Aunque Unamuno no deja de prestar atención a lo autóctono de cada país y de cada región en su peculiaridad expresiva, en esa pluralidad no ve "un signo de diferenciación, sino de unidad superior: enriquecimiento en el plano espiritual e integración en el idiomático"[18].

Esta óptica le sitúa en una perspectiva particularmente favorable para formular una doctrina de la hispanidad de la que fue el primer portavoz. El mismo término «hispanidad» fue acuñado por él en la temprana fecha de 1909, cuando en el artículo titulado «Sobre la argentinidad» lo utiliza para referirse a la comunidad de pueblos que hablan español y sus rasgos distintivos: «aquellas cualidades espirituales, aquella fisonomía moral, mental, ética, estética, religiosa...» [19] . La unidad espiritual entre ambos mundos –español e hispanoamericano- está para Unamuno en su concepción de la lengua como sangre del espíritu, que refleja ya en toda su plenitud en el soneto de 1910 titulado "La lengua", que dice así:

> "La sangre de mi espíritu es mi lengua
> y mi patria es allí donde resuene
> soberano su verbo, que no amengua
> su voz por mucho que ambos mundos llene." [20]

En 1927, residiendo en Hendaya, escribe su artículo titulado precisamente así –"Hispanidad"-, defendiendo su uso frente a otros, justamente por su carácter omnicomprensivo de la gran familia hispánica. "Digo hispanidad -escribe- y no españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que han hecho el alma terrena -terrosa sería, acaso, mejor- y, a la vez, celeste de Hispania […] "[21]. La idea vuelve a repetirse al final de su vida en la "Oración inaugural del curso 1934-1935", donde un par de años antes de morir viene a expresar la misma idea: "En el principio fue la palabra, y en el fin lo será, pues a ella ha de volver todo… El hombre deja a la tierra unos huesos, y al aire un

[15] UNAMUNO, M.: *O.C.,* vol. VIII. Madrid, Escelicer, 1961-1971.
[16] UNAMUNO, M.: *Temas argentinos.* Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943.
[17] UNAMUNO, M.: *o.c.* (nota 15).
[18] TORRE, G. de.: "Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana", *La Torre,* 35-36, Puerto Rico, p. 539.
[19] UNAMUNO, M.: *O.C.*, vol. III, *o.c.,* pp. 543-547.
[20] *Ibíd*., vol. VII, pp. 375
[21] *Ibíd*., vol. IV, pp. 1084.

nombre, un nombre en la memoria de la palabra creadora, en la Historia: tejido de nombres […]". Nombres y palabras constituyen la esencia de la lengua, y añade: "Cada lengua lleva implícita, mejor, encarnada en sí, una concepción de la vida universal, y con ella un sentimiento -se siente con palabras-, un consentimiento, una filosofía y una religión. Las lleva la nuestra. Y el penetrar, el desentrañar esa filosofía, es obra de la filología, de la historia de la lengua… Que la filosofía, el amor del saber, brota de la filología, el amor del decir"[22].

Estas reflexiones creo que son las primeras -y, a mi modo de ver, las más lúcidas también- desarrolladas en nuestro idioma sobre el concepto de "hispanidad". Cuando Ramiro de Maeztu recoge el tema, atribuyendo erróneamente la paternidad del vocablo al P. Zacarías de Vizcarra, comete una gran injusticia al ignorar lo aportado antes por Unamuno. Quizá en esa injusticia inicial tiene su origen la que cometerá después desde el ángulo doctrinal, al elaborar intelectualmente su concepción en una *Defensa de la Hispanidad* (1934) modulada específicamente desde una perspectiva declaradamente fascista, donde los conceptos-clave son autoridad, jerarquía y servicio. Definir la "hispanidad" no es sólo querer ponerle puertas al campo, sino una forma de anquilosarla y empequeñecerla. Por eso cuando Unamuno se pregunta: "¿Qué es la Hispanidad?", su respuesta es inmediata: "¡Ah, si yo lo supiera!"[23]. Evidentemente, como todo lo importante en la vida, debe ser anhelado, añorado y presentido antes que definido, pues es el único modo de hacerla en nosotros. Quizá eso es lo que hicieron los mejores entre nuestros pensadores; a los definidores les pasó lo que a Maeztu: llevaron la cuestión a un callejón sin salida. Sin embargo, a pesar de tantas diferencias entre unos y otros, prácticamente todos los pensadores vienen a coincidir en considerar la lengua como expresión privilegiada de la unidad del mundo hispánico.

La aportación de estos dos pensadores del 98 constituye una vía de apertura a lo que ocurrirá a partir de 1936. Después de la guerra civil, Maeztu se convierte en el ideólogo de la España franquista, y su *Defensa de la Hispanidad* se erige en catecismo para las relaciones con los países iberoamericanos, a través del entonces recién creado Instituto de Cultura Hispánica. Unamuno, por el contrario, es plataforma inexcusable para entender la meditación de los españoles exiliados en América. Uno y otro, en cualquier caso, son antecedentes que actúan como claves de interpretación para las relaciones entre España e Hispanoamérica en el período posterior a 1939.

Mucho antes de que eso ocurra tenemos que retrotraer nuestra miranda a 1914, un año en el que convergen dos acontecimientos de importancia extraordinaria: el nacimiento de una nueva generación española y el comienzo en Europa de la Primera Guerra Mundial. La incidencia de ésta sobre dicha generación fue muy considerable, empezando por la misma división que estableció entre sus miembros, escindidos en aliadófilos y germanófilos, con las subsecuentes polémicas, tensiones y derivaciones intelectuales. El hecho habrá de tener, naturalmente, importantes repercusiones en las relaciones con América, que, por diversos motivos, se van a ver potenciadas, aunque en sentido distinto en unos u otros países. Merecen especial atención las que se establecerán con México y Argentina.

Por lo que se refiere a México, y en lo que toca a su ambiente cultural, se había despertado una honda inquietud entre el grupo de intelectuales que se habían agrupado en el Ateneo de la Juventud, pero apenas habían empezado a ejercer su acción moralizante y vivificadora, cuando las revueltas de 1910 contra la dictadura de Porfirio Díaz iniciaron la serie de guerras y convulsiones conocidas como revolución mexicana. En estas circunstancias, los intelectuales agrupados en torno a aquella bella iniciativa tomaron actitudes muy diversas; no faltaron los que, aprovechando la neutralidad española durante la Guerra Mundial, se acercaran a la Península para fortalecer sus anhelos espirituales con una aproximación a las fuentes de cultura. Así lo hace Alfonso Reyes, como parece desprenderse de sus propias

[22] UNAMUNO, M.: 1964.
[23] UNAMUNO, M.: *O.C.*, vol. IV, p. 1084.

palabras, cuando evocando su viaje de 1914, dice: "Yo llegué a España dejando atrás torvos horizontes"[24]. Con un anhelo parecido, aunque en disposición anímica distinta, lo hará también, algo más tarde, Pedro Henríquez Ureña.

La experiencia de España en ambos escritores aparecerá estrechamente ligada al Centro de Estudios Históricos y a la *Revista de Filología Española,* que desde 1914 dirige Menéndez Pidal. En Alfonso Reyes esos contactos se amplían y vivifican a través de una intensa participación en la vida literaria madrileña; cuando años más tarde selecciona los escritos que formarán parte de su *Tertulia de Madrid* (1949), dice que todos ellos -o la mayoría- "se refieren a mis testimonios directos de Madrid, a los escritores que frecuenté y conocí durante mis diez años de España, 1914 a 1924, y corresponden todos a lo que pudiera ser un capítulo de mis memorias literarias… A través de ellas, mi pensamiento va y viene, cediendo a las atracciones principales que lo gobernaban: España y América. Pude añadir algo más; pero lo que hubiera añadido exigía reformas profundas. Si, en cambio, algo sobra, su inclusión en el volumen se disculpa por la unidad de asunto… De algún modo había que bautizar estas páginas, y busqué un título que evoca para mí toda una época placentera. La literatura corría por las calles y las terrazas del café, y buena parte de eso que se llama *valoraciones* se habrá perdido entre las charlas y amenidades de la tertulia"[25].

El breve volumen donde esto se escribe, no hace sino reflejar pálidamente toda una larga panoplia de escritos y apuntes literarios, recogidos en las cinco series de *Simpatías y diferencias* (Madrid, 1921-1926), así como el amplio conjunto publicado en *Las vísperas de Madrid* (Buenos Aires, 1937), en cuyo prólogo evoca a los hombres que tuvo ocasión de tratar: Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Antonio G. Solalinde, Justo Gómez Ocerin, Enrique Díez-Canedo, Juan Ramón Jiménez, Cipriano Rivas Cherif. La flor y nata de la cultura y de la política española le distinguió con su amistad, y Manuel Azaña, entonces presidente del Ateneo de Madrid, le nombró secretario de la Sección Literaria del mismo. Es conmovedor el recuerdo que hace de la Residencia de Estudiantes; "Nada hay aquí más castizo que la predicación ética. -Pasa por nosotros un hálito de vida franciscana- me decía Ortega y Gasset"[26].

En 1920 hace balance de su experiencia española y se queja de la indiferencia de la prensa sobre las cuestiones hispanoamericanas en términos que, al cabo de los años, siguen teniendo actualidad:

"Tanto -dice- se ha hablado de la misión de España en América o del olvido de esta misión; los servidores de la causa hispanoamericana la han servido tan mal; tanta sentimentalidad inútil se ha gastado en esto, dando lugar a tantas burlas, que al abordar temas semejantes es fuerza ofrecer algunas explicaciones previas al lector, sin duda prevenido en contra. Olvidemos, si es posible, los abominables antecedentes del "tema hispanoamericano"; olvidemos los tópicos de la madre y las hijas, el león y los cachorros, la divina lengua de Cervantes, los fueros de la raza y demás impertinencias de estilo. Pero olvidemos también la costumbre de considerar toda cuestión americana como fundamentalmente ridícula sólo porque hasta hoy se haya tratado generalmente con impropia ridiculez. Es muy fácil continuar la burla; pero lo importante sería crear, otra vez, el sentido de la seriedad. De modo, nunca se podrá, en España, hablar de América con la buena fe que conviene."

Al evocar este recuerdo de Alfonso Reyes es imposible dejar de pensar en que aquella experiencia española no fue sólo un momento deleitable, sino que dejó huella imborrable de amistad en su ánimo; cuando llegue la guerra civil escribirá: "Ellos [los españoles] saben que ninguno de sus actuales dolores puede serme ajeno"[27], y, efectivamente, ocasión tuvo de

[24] REYES, A.: *Tertulia de Madrid.* Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949.
[25] *Ibíd.*: pp. 9-10.
[26] REYES, A.: *O.C.*, vol. II. México, F.C.E., p. 65.
[27] *Ibíd*. p. 43.

demostrarlo en 1939, a la llegada de los primeros exiliados a México, para los que Reyes actuó de embajador cultural privilegiado. Por eso, en agradecimiento, José Gaos le dedica uno de sus primeros libros publicados en la capital mexicana, con estas elocuentes palabras:

> "A Alfonso Reyes,
> representante por excelencia de la nueva
> unidad histórica de España y la América
> española, y en ella de una de
> las figuras humanas esenciales,
> la del humanista" [28].

Las circunstancias en que Pedro Henríquez Ureña se incorporó a los trabajos del Centro de Estudios Históricos fueron muy distintas a las de Alfonso Reyes. En primer lugar, Henríquez Ureña llegaba a España de Minessota por primera vez en 1917, estancia que repetiría con más tiempo en 1920, pero nunca permaneció en nuestro país tanto tiempo como lo haría el polígrafo mexicano, que por cierto actuó en esta ocasión de "embajador cultural" de su viejo amigo. Tampoco sus estancias le permitieron intimar con los intelectuales españoles ni vivir las tertulias y los apasionantes cenáculos literarios de aquellos años. Pero no por ello su estancia en España fue menos fructífera; en el Centro de Estudios Históricos vio la luz su magnífico estudio sobre la métrica irregular, aportación con la que descubrió una perspectiva hasta entonces inédita de la literatura española[29].

En sus períodos de viaje y convivencia con los españoles aprendió a amar España. Aunque llegó a nuestro país con prejuicios -como él mismo reconoce-, "la llegada a tierra española desarma en seguida. Si llegamos, sobre todo, de países en que dominan otra lengua y otra civilización -aunque sea de Francia-, creemos estar de regreso en la patria: Cádiz y Santo Domingo son, para la imaginación excitada, una misma ciudad: los muelles de Barcelona se confunden con los de La Habana o sus avenidas con las de México; el Mediterráneo es, para el deseo visionario, el Caribe; y, ya en plena aura sentimental, hasta recitamos los versos del poeta venezolano":

> "… Y el toque lisonjero
> y la gracia que toma,
> hasta en labios del tosco marinero,
> el dulce són de mi nativo idioma…"[30].

La identificación empática con España le lleva a escribir los ensayos que componen el libro *En la orilla, mi España* (1922), así como también, más tarde, los incluidos en *Plenitud de España* (1940-1945), donde aparecen magistrales estudios sobre "España en la cultura moderna", "Rioja y el sentimiento de las flores", "Lope de Vega", "Hernán Pérez de Oliva", "El Arcipreste de Hita", "Cultura española de la Edad Media", y muchos otros más breves incluidos bajo el epígrafe de "Apuntaciones marginales". Todos estos escritos son prueba del buen hacer erudito y estilístico de Henríquez Ureña, cuya afinidad con lo español le lleva a sentir las deficiencias e insuficiencias del país como propias; por eso, a veces, se inquieta y escribe:

"Una vez que hemos descubierto los tesoros espirituales de España, se convierte en obsesión -tanto sentimental como intelectual- el problema de su presente y de su futuro. ¿Por qué la nación española no vence los estorbos que la detienen, por qué no vuelve a ser señora

---

[28] GAOS, J.: *Antología del pensamiento de la lengua española en la Edad Contemporánea.* México, Séneca, 1945, Dedicatoria.
[29] HENRÍQUEZ UREÑA, P.: *La versificación irregular en la poesía española.* Madrid, Centro de estudios históricos, 1933.
[30] HENRÍQUEZ UREÑA, P.: *Obra crítica*. México, F.C.E., 1960, p. 187.

de sus destinos? Hay veces en que nos da la ilusión de haber entrado en el camino de su vida nueva y poderosa; otras veces, cuando la vemos en el comienzo del camino, clavada siempre allí la inmóvil planta, le deseamos un cataclismo regenerador como el de Rusia. O como el de México"[31].

Pedro Henríquez Ureña se identifica, sin duda, con las mismas inquietudes de Alfonso Reyes; no en balde ambos nacieron a la vida intelectual en aquel Ateneo de la Juventud de ilustre recuerdo, aunque el primero fuera dominicano de origen y mexicano el segundo. Pero ambos podían haber firmado lo que escribió éste en "La ventana abierta hacia América", cuando dice:

"Me complazco en repetir las hermosas palabras de Ortega y Gasset: "América representa el mayor deber y el mayor honor de España". Fuerza es que los pueblos tengan ideales o los inventen. Así como América no descubrirá plenamente el sentido de su vida en tanto que no rehaga, pieza a pieza, su "conciencia española", así España no tiene mejor empresa en el mundo que resumir su papel de hermana mayor de las Américas. A manera de ejercicios espirituales, el americano debiera imponerse la meditación metódica de las cosas de España, y el español la de las cosas de América. En las escuelas y en los periódicos debiera recordarse constantemente a los americanos el deber de pensar en España; a los españoles, el de pensar en América. En las hojas diarias leeríamos cada semana estas palabras: "Americanos, ¿habéis pensado en España? Españoles, ¿habéis pensado en América? Concibo la educación de un joven español que se acostumbrara a adquirir todos los meses algún conocimiento nuevo sobre América, por modesto que fuese. Hay que acostumbrar al español a que tenga siempre una ventana abierta hacia América"[32].

El año 1914 y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial afectaron de modo muy diverso a Argentina. Si en México aquel período coincidió con momentos álgidos de su revolución, el país austral vivía un momento de prosperidad. La guerra europea obligaba a que los ojos del viejo continente se volvieran espontáneamente hacia aquellas tierras, y muchos intelectuales sensibles veían en Argentina una esperanza para el mundo. Unos años antes había tenido lugar el viaje ya mencionado de Rafael Altamira (1910), en el que está el origen de una nueva colaboración entre España y América.

El nuevo marco de relaciones está definido por la postura de Altamira tras su viaje, expuesta en *Mi viaje a América* (1911), primero, y en *La huella de España en América* (1924), después. En el *Viaje* parte de la siguiente convicción:

"La tesis de que la guerra de independencia de nuestras colonias americanas continentales fue una guerra civil -tesis que inició hace muchos años Labra y que modernamente ha renacido y se ha formado en varios escritos de autores argentinos-, lleva en el fondo una conclusión interesante: la de que a pesar del rompimiento con la metrópoli, la nueva historia americana se siguió haciendo en un medio español y con elementos, en gran parte, de pura cepa española"[33].

El corolario de este presupuesto es que España debe colaborar con las universidades hispanoamericanas, en el sentido de que "se engañaría quien viese en ese deseo nuestro una obra de patriotería nacionalista. Queremos simplemente [los españoles] ocupar nuestro puesto en la obra de la cultura humana, para que de hoy más, ni vosotros, ni los españoles que viven en América, nos llamen desertores. Si servimos y para qué servimos, eso lo dirá la obra misma"[34].

---

[31] *Ibíd.*, p.188.
[32] REYES, A.: *O.C.*, vol. IV, p. 572.
[33] ALTAMIRA, R.: *La huella de España en América.* Madrid, Editorial Reus, 1924, pp. 208-209.
[34] POSADA, A.: "Relaciones Científicas con América", *Anales de la Junta para Ampliación de Estudios,* III, Madrid, 1911.

La forma de materializar las relaciones está expuesta en un informe escrito a su regreso del viaje y lleva por título: "Medios prácticos para organizar las relaciones hispanoamericanas", que resume en los siguientes puntos:
Crédito especial para intercambio de profesores con las Universidades hispano-americanas.

1) Envío de pensionados para estudiar aspectos de la vida social, económica e intelectual de América.

2) Escuelas para emigrantes.

3) Franquicia de Aduanas para los envíos de libros y de material de enseñanza entre los centros docentes hispano-americanos.

4) Intercambio de trabajos escolares y material de enseñanza.

5) Auxilio a las delegaciones de escolares españoles, para asistir a los Congresos de estudiantes hispano-americanos.

6) Mejoramiento del Archivo de Indias en relación con los proyectados Institutos históricos americanos.

7) Establecimiento, en Madrid, de un Centro Oficial de Relaciones hispano-americanas.

8) Creación en Oviedo de una Sección americanista.

En el clima creado por el viaje de Altamira va a incidir un informe del profesor Adolfo G. Posada titulado "Relaciones científicas con América"[35], dentro del cual se concreta la colaboración entre la Junta para Ampliación de Estudios y las universidades latinoamericanas; lo mismo que para Altamira resulta para Posada "un deber histórico ser, en España y en el mundo, de un lado, el lazo natural de aquellas tierras con la civilización europea, y de otro, los cuidadores del depósito tradicional de la riqueza ideal de la raza y los cultivadores del espíritu que esta raza, en tiempos de mayor vigor, engendrará"[36], lo cual no excluye realizar una previa autocrítica: "Pero nuestra incapacidad, nuestra impotencia actual para desempeñar la obra austera que nos impone nuestra historia, viene de nuestra falta de cultura, de la secular rebeldía a españolizar los ideales, los procedimientos, la ética y la estética, de los grandes pueblos contemporáneos". El corolario de todo ello es el siguiente: "La acción de la Junta en las relaciones científicas con la América española… Debería aspirar la Junta para Ampliación de Estudios, a ser órgano de comunicación del movimiento de ideas y de nuestras aspiraciones a la renovación en la ciencia y en la enseñanza, respecto de los Centros y elementos científicos y docentes de aquellas Repúblicas"[37].

La Junta para Ampliación de Estudios posibilita la colaboración con Argentina, pero muy pronto se extenderá también a instituciones de países como Uruguay, Paraguay, Chile, y un poco más tarde, a Puerto Rico, Cuba y México. En la misma España se facilita el intercambio con profesores e investigadores hispanoamericanos, bien reservándoles plazas en la Residencia de Estudiantes o incentivando su acogida en el Centro de Estudios Históricos;

[35] *Ibíd.*, pp. 229-316.
[36] *Ibíd.*, p. 295.
[37] *Ibíd.*, p. 298.

en ese marco hay que inscribir las estancias en nuestro país de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Silvio Zavala, junto a otros muchos.

Adolfo Posada señala a España una noble función de intermediaria, al parecer natural, entre el espíritu europeo y las ansiedades y necesidades culturales de los pueblos nuevos hispano-americanos. Se trata, ante todo, de un impulso generoso de carácter moral, y por ello dice: "Prescindamos en absoluto de toda pretensión de tener un influjo… No lo olvidemos: nos importa tal conocimiento y nos interesa intimar con los problemas de aquella tierra, por poderosas razones étnicas y económicas, ideales y utilitarias".

En el clima creado por tales declaraciones hay que entender la fundación de la Institución Cultural Española en 1914 por el Dr. Avelino Gutiérrez y el esfuerzo conjunto de Rafael Vehils, animador cultural incomparable de aquellos años. La relación de invitados ilustres por ese organismo es ya bien significativa de la importancia que adquirió: Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Rey Pastor, Amado Alonso, Pí y Sunyer, Luis Jiménez de Asúa, Claudio Sánchez Albornoz… La intensificación de las relaciones con Argentina que tales visitas propiciaron, va a actuar de fermento para que surjan organismos como el Instituto de Filología de Buenos Aires, que dirigirá Amado Alonso, o el Instituto Matemático, promovido por Julio Rey Pastor…

* * *

El panorama descrito en las páginas anteriores nos hablan de contextos culturales compartidos: modernismo, hispanidad, americanidad, raza, nacionalismo, regeneración. Este último impulso dará lugar al regeneracionismo como movimiento aglutinante de las otras vertientes. La afirmación de una personalidad propia –sea nacional, continental o étnica- como sentimiento de lo "autónomo" que aspira a realizarse en su plenitud viene a ejercer la función de un peculiar nacionalismo. En España, ese nacionalismo se centra en el espíritu castellano –Castilla es la esencia de lo español- como expresión paradigmática de una afirmación propia: lo castellano es lo castizo español por excelencia, según decían los "hombres del 98". En la América hispana, esa afirmación de lo propio se canaliza en la búsqueda de un sentimiento de lo "autóctono" en cada país: mexicanidad, argentinidad, chilenidad, cubanidad… Esa es la función que ejerció el romanticismo del XIX en los países europeos, cuando la expresión del *Volkgeist* en cada uno de ellos sirvió de trampolín a la afirmación política del estado-nación; por eso hemos calificado de "neo-romanticismo" al movimiento modernista y sus diferentes expresiones. El proceso de regeneración que se empezó a vivir en cada país tuvo su origen en un positivismo aplicado a las sociedades locales de las respectivas patrias y se fue convirtiendo paulatinamente en una afirmación de la *nación* como valor moral. Los contextos culturales que hemos estudiado aquí durante el periodo 1900-1940 dan fe detallada de ese proceso que hemos intentado resumir, y con el cual se consolida una solidaridad compartida entre todos ellos.